



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

-----

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley

-----

**CAPILLA ALFONSO REYES**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SEÑORITA DE FLAMBERGE  
Gran novela de capa y espada

---

CUARTA PARTE

---

LA MAESTRA DE ARMAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

I  
EVASIÓN COMPROMETIDA

Hemos dejado á Santiago de Courten, á Yan Brau, á Jarnac y á Chaminade en el momento en que, á instancias de éstos dos últimos, que acababan de notar que en el cuarto por ellos espionado ocurría algo insólito, habíanse precipitado los cuatro por las escaleras y se habían esparcido por el jardín en busca de la escalera dejada por los albañiles.

No costó á Yan mucho trabajo descubrir esta escalera. Inmediatamente la llevaron é instalaron, con los

pies plantados en la penumbra que formaban los entrepieños de la pared, entre cada ventana y la sala de juego. Allí, según lo que habían convenido durante el camino, y siguiendo las instrucciones dadas por Tortillard, el vizconde y su criado quedaron de centinelas junto á cada montante, en tanto que los dos maestros, poco acostumbrados á este género de trabajo, subían los escalones tan de prisa como se lo permitían sus enjutas piernas.

— ¡Cuidado! aconsejó en voz baja Chaminade; no hay que asustar á la chiquilla antes de empezar á hablar.

Jarnac, que subía delante, contestó:

— ¡Cómo! ¿Crees que tengo la cabeza hueca, Chaminade?.. Veré sin que me vean.

Pero, así que su mirada pudo penetrar en lo interior por encima del vano, experimentó un sobresalto que hizo temblar la escalera.

— ¿Qué tienes, Fileas? preguntó Chaminade, sujetándose á los peldaños para no caer.

— ¡Oh!.. ¡por los cuernos de Satán!.. ¡qué miserable!..

El tolosano había cogido con ambas manos uno de los barrotes que defendían la ventana y lo sacudía con loca energía, comunicando á la larga escalera un vaivén capaz de romperla bajo su doble carga.

— ¿Has perdido el juicio, Fileas?

En efecto, es de creer que Fileas no tenía sano el juicio, puesto que continuaba con más ahinco sus peligrosos esfuerzos.

— ¡Fuego del infierno! ¡Sube, Jerónimo, sube!

Chaminade no aguardó á esa llamada para elevarse contra su amigo, cuya imponente espalda ocupaba no obstante el lugar disponible de la percha. Pero Chaminade no era grueso. Cuando, á su vez, pudo mirar el cuarto, costóle trabajo ahogar un grito. Era el momento en que el Tuerto, ante los espantados ojos de Enriqueta, hipnotizada por su irrupción, acababa de apoderarse de Pervencha é iba á encerrarla en su gabinete. Ahora se trataba de tomar precauciones. El odioso dependiente del duque de Torino se acercaba á la señorita de Lespare, que se había levantado al fin y parecía aceptar la lucha. Las fuerzas de los dos antagonistas eran muy desproporcionadas para dejar alguna esperanza á los dos profesores de esgrima... Había que entrar á todo trance. Y aquella maldita verja les cerraba el paso. Cada uno tenía su espada; pero, como se había convenido que la expedición se efectuaría en silencio, las pistolas, únicas armas útiles en la circunstancia, habían quedado sobre la mesa del vizconde.

Deliberadamente, Chaminade sacó un martillo del bolsillo y empezó á golpear con toda su fuerza la juntura del barrote que Jarnac continuaba sacudiendo como verdadero poseso. En el embudo formado por las casas que rodeaban el jardín, cada martillazo dado en el hierro resonaba, rodaba y se decuplicaba. Había motivo para alarmar á todo el barrio. Y, sin embargo, muy ocupados en sí mismos, ni Enriqueta ni el Tuerto parecían oír. Casi se tocaban. El monstruo había

abierto sus brazos musculosos, junto á los cuales los desnudos brazos de la joven parecían fetos de marfil. ¿Iría á desenlazarse tan repugnante escena ante los ojos de los dos maestros de armas sin que pudieran ayudar en nada á la que tanto querían?.. El tolosano se deshacía en hercúleos esfuerzos, y su amigo golpeaba sin tregua. Abajo, Yan y su amo estaban petrificados de estupor. Este estrépito horroroso era contrario á lo convenido; y ellos no entendían nada.

— ¡Demonio! exclamó el vizconde, ¿qué mosca los habrá picado?.. Algo anormal debe de ocurrir arriba... Si no se despierta toda la casa ante tal ruido, es porque sus habitantes serán muy duros de oído... ¿Querrán matarnos?..

El barrote acababa de ceder bruscamente arrancando del entrepaño un gran trozo de yeso, que bajó de escalón en escalón y fué á deshacerse en el suelo, llenando de polvo blanco á los dos centinelas. A no ser por el poderoso puño de Jarnac, mal lo hubiese pasado Chaminade, que, arrastrado por el último martillazo dado en hueco, se hubiera abierto la cabeza. Pero el tolosano se asía al barrote y, con su mano libre, cogió á su acólito por el hombro, evitándole una muerte segura.

Suspendido por cima del vacío, en la garra de su inseparable, Chaminade rompió el cristal y abrió la ventana. Pero, aunque trabajó muy rápidamente, fué aún más rápido el drama interior; llegaron después del desenlace.

El grito bestial é inarticulado del mudo había at-

rorizado al vizconde, y este valiente joven iba á lanzarse al asalto para auxiliar á sus compañeros, cuando, antes de penetrar en el cuarto, Chaminade tuvo la presencia de ánimo de volverse y gritar:

— ¡Quédese abajo!.. ; La escalera es nuestra salvación!..

No obstante su exasperación, su turbación y su alocamiento, Enriqueta de Lespare reconoció en seguida, en los intrusos, á los dos viejos amigos de su padre. Efectuándose la reacción, dejóse caer en brazos de Fileas Jarnac, que la trasladó á la cama y la tapó castamente. Chaminade se cuidaba de empujar tras una cortina el cuerpo del coloso de los ojos hueros, cuyo último grito se había apagado al par que terminaba su última convulsión.

¡ Estaba muerto! Los dos maestros acariciaban con enternecida mirada á la joven que, con los nervios en tensión, la imaginación extraviada y postrado el cuerpo permanecía como aniquilada por el esfuerzo de energía y audacia que acababa de efectuar.

— ¡Somos nosotros! ¡Sus viejos amigos!.. dijeron á una.

— ¡Su fiel Jarnac!

— ¡Su fiel Chaminade!

— ¡Ah!.. dijo Enriqueta poniéndose las manos en los ojos, como para abrigoarlos contra una visión destestada. Porque permanecía aún bajo el dominio de la repulsión de aquel ojo terrorífico cuya luz había suprimido ella para siempre.

Jarnac continuo:

— Si hemos imitado á los gatos, trepando á lo largo de una condenada y temblorosa escalera...

— Ha sido para prestar ayuda... continuó Chaminade.

— Pero ¡ caramba! la señorita de Lespare sabe muy bien defenderse ella misma... Y sabemos de uno que no está lejos, y á quien hubiera sorprendido ver lo que nosotros hemos visto.

— ¡ Ya lo creo!

Y como Enriqueta, anonadada, parecía no oírles, explicaron juntos:

— Es el señor vizconde de Courten.

— ¡ Santiago! exclamó enderezándose la joven: ¿ en dónde está?

— Abajo, al pie de la escalera.

— ¿ No ha adivinado nada? ¿ No sabe nada?

— ¡ No! Tranquílcese, señorita mía. Sólo sabe que el alferez Enrique está aquí, y no del todo por su voluntad, y, habiendo decidido libertar á usted, el hombrecillo Tortillard le ha inducido á ayudarnos.

Enriqueta dejó caer su cabeza en la almohada. Entristeciósese la frente.

— ¡ Tortillard! repitió en voz muy baja.

La lucha contra la fiera hambrienta habíale hecho olvidar un momento el cruel enigma que había visto ante sí, en el salón del duque de Torino, entre la condesa, su madre, y la deforme criatura.

¡ Ay! nunca hubiera podido creer ella que ocurrieran cosas tan abominables. De repente, pasóle ante los ojos la imagen de Pervencha. Entonces, asiendo con

una brusquedad que le hizo sobresaltarse, la muñeca de Chaminade, gritó, señalando el gabinete que daba á su cuarto:

— ¡ Ahí! ¡ ahí! ¡ mi hermana!

— ¿ Eh? exclamó Jarnac asombrado.

— ¡ Su hermana! murmuró el otro con ojos de pena.

Y ambos se tocaron la frente para completar su pensamiento. La sacudida había sido demasiado violenta. La pobre niña perdía la razón. Enriqueta adivinó lo que pensaban, y no tuvo valor para enfadarse.

— Lo que yo llamo mi hermana, es la compañera de mis horas de cautiverio, dijo. Está encerrada ahí al lado, y acaso esté muy enferma, porque esa bestia la ha aplastado contra su pecho... ¡ Libradla y traédmela!..

Ambos maestros se arrepintieron de su juicio temerario. Recordaban haber visto á esa mujer cuando espiaban el cuarto, desde el balcón del vizconde. Desseosos de hacerse perdonar, se lanzaron juntos al gabinete, de donde regresaron momentos después, trayendo á Pervencha desmayada, á la cual colocaron en la cama, al lado de Enriqueta.

En el jardín oyóse un silbido.

— Es Yan Brau, dijo Chaminade; el vizconde se impacienta. Vamos á decirle que todo va bien, Fileas.

Y, asomándose á la ventana, gritó, colocando las dos manos á modo de bocina:

— ¡ Ya está! ¡ ya está!

— ¿ Quién les retiene? preguntó la voz de Santiago.  
¿ Voy á ayudarles?

— ¡No! ¡El oficialito está acabando de rizarse el bigote!

Ante esta broma, que parecía quitar á la expedición su parte trágica, los dos maestros volvieron á la cama en donde Pervencha, cuidada por Enriqueta, acababa de volver en sí.

— ¡Ah!... ¿Dónde está ese cobarde?... fueron las primeras palabras que pudo pronunciar la joven bretona.

— Lo he matado.

— ¿Usted? exclamó, juntando las manos. ¡Ah!... ¡no esperaba yo que fuese posible la cosa!.. Pero ya se lo dije: ¡Era preciso!

Tras los ruidos producidos en la ventana para sacar el barrote, tras los gemidos de agonía del bestial cerebro, era imprudente entretenerse más tiempo en aquel cuarto, adonde podían venir el confidente ó los sirvientes del duque de Torino. Chaminade fué el primero que se percató de ello.

— Señorita Enriqueta, dijo, Fileas y yo vamos á retirarnos al gabinete, para dejarla en completa libertad de vestirse... El tiempo urge.

— Y el señor vizconde no es el menos razonable de nosotros, añadió Jarnac siguiendo á su inseparable.

Cuando la puerta de separación de los dos cuartos se interpuso entre ellas y los dos maestros, ambas mujeres saltaron de la cama y comenzaron apresuradamente á arreglarse. Por otra parte, la conversación podía continuar sin necesidad de levantar la voz, pues la puerta estaba entornada y no cerrada. Jarnac, que

no podía quedar mucho tiempo con la boca cosida, prosiguió, en la obscuridad del gabinete:

— En cuanto esté usted lista, la conduciremos al hotel, en donde la aguarda la señora condesa.

Enriqueta se estaba poniendo las mangas. Preguntó, perseguida por su idea fija:

— ¿No tiene á nadie á su lado, mi madre?

— Tiene á Simona y á la hija de Jerónimo, la pobre Justina...

— Y también al Sr. Tortillard, exclamó Chaminade.

— ¡No! Ese pícaro amigo de la señora Constancia debe de estar en otra parte; puesto que su esquila decía: «Mientras yo ocupe al amo del lugar, á vosotros os toca raptar á Enrique.»

Enriqueta frunció las cejas.

— ¿Cómo es, dijo, subrayando las palabras, que nunca he visto yo á ese amigo de mi madre, ni en el hotel ni en el castillo?

— ¿Cree usted?

— ¡Estoy segura!

— Voy á decirle...

— ¡Cuidado! no hagas tonterías... dijo Chaminade. No tengas cuidado, querido... Voy á decirle, señorita. Ese desgraciado es tan pequeño, tan pequeño...

Se detuvo. El de Cevennes acababa de darle un puntapié en las tibias para advertirle que desbarraba, y él mismo continuó en su lugar:

— El señor de Lespare debe enormes servicios á ese patizambo, pues, á no ser por él, nunca hubiera sido feliz.

— Pero ¿desde cuándo admite mi padre en su intimidad á ese hombre?.. preguntó la joven, que acababa de ponerse la última prenda de su traje femenino.

— ¡Hace mucho tiempo! dijo el tolosano, á quien empezaba á embarazar la conversación. Pronto hará...

— ¡Siempre lo ha conocido! interrumpió Chaminade.

— ¡Es verdad! Tortillard hizo mucho para la boda del conde con la señorita Constancia de Calonne. En aquella época, se frecuentaban muchísimo. Cuando se veía al uno, el otro no estaba lejos.

— ¡Y lo raro es que nunca se encontraban juntos!

— ¡Ah! exclamó Enriqueta. ¿Luego los separaba algo?..

— ¡Cuernos de chivo! exclamó en voz baja Jarnac, contesta á ese puntazo.

El sagaz Chaminade no se apuraba por tan poca cosa.

— Es porque el hombrecillo estaba algo pagado de su persona, y mostrándose en compañía del conde, hubiera desmerecido mucho.

La compostura de Pervencha y de Enriqueta había terminado.

— Ya podéis venir, mis buenos amigos, dijo la de Lespare. Pero, antes de salir de aquí, en donde nada bueno puedo esperar, quiero pedir os una última explicación.

— ¡Hable usted! dijeron á una los dos maestros.

— Según lo que me han contado, han fusilado á mi padre.

— ¡Fusilado! exclamó Jarnac. ¿Por qué habían de fusilar al capitán?

— Estaba acusado de traición.

— ¡Eso es una invención del infierno! ¡Y si el bribón que ha osado decir eso, se hallase al alcance de Petrusquina!..

— No entiendo nada, confesó la joven. Diganme lo que ha ocurrido desde que, traidoramente amordazada y cogida por los granaderos ingleses, no pude ayudar á mi padre, pues ya no estaba yo allí.

— Tampoco estábamos nosotros; de lo contrario, el capitán no hubiera recibido una puñalada que lo hirió casi mortalmente.

— ¡Casi mortalmente!.. ¿Luego no está muerto?..

— ¡Oh! ¡Yo no puedo creer que nuestro discípulo predilecto sea difunto!

— ¡Ni yo tampoco! certificó Chaminade.

— Un Lespare...

— ¡El nuestro no puede perecer de ese modo!

— ¡Ah! ¡no! ¡no lo puede!

Pervencha, apoyada silenciosamente de codos al pie del lecho, seguía con atención las preguntas y respuestas. Le extrañaba mucho, debemos confesarlo, no ver á su compañera correr en seguida hacia la libertad que le ofrecían; pero la larga esclavitud que apenas acababa de sacudir, habíale quitado la costumbre del libre albedrío. Dar á conocer su sorpresa, atreverse á dar un consejo, no lo hubiera podido intentar. Por otra parte, la presencia de los dos esgrimidores en el cuarto la tranquilizaba algo, aunque sin

quitarle toda su inquietud. Enriqueta, buscando la explicación de las últimas palabras pronunciadas por los maestros, preguntó:

— ¿Qué es lo que os hace suponer eso? ¿Habéis llegado inmediatamente después del cobarde asesinato?

— ¡Sí!

— ¡Antes que el rey!

— ¡Pero, cuando, con los señores de Gherlor y Courten, quisimos rendir los últimos deberes al capitán, éste tuvo la ocurrencia de hacer desaparecer su cuerpo!

— ¿Y no habéis tratado de encontrarlo? ¿No habéis hecho lo imposible para volver á ver al de quien os decíais orgullosos de ser amigos suyos?

— ¡Sí! ¡ya lo creo!.. Incluyendo á Justina y á los maestros de esgrima de los mosqueteros y dragones, éramos cerca de diez para nuestras investigaciones.

Nerviosa, agitada, paseábase Enriqueta por el cuarto.

— ¡Ah! exclamó al fin. ¡Si yo hubiera estado libre, habría encontrado á mi pobre padre!... ¡Verdad es que la ternura y la clarividencia de un hijo son más perspicaces que una amistad, por antigua que sea, puesto que su afecto se debilita en el umbral de la tumba!..

— ¡Demonio!

— ¡Vuestro deber, gritó la joven con virulenta energía, era encontrarlo vivo ó muerto!

— ¡Si hubiésemos sabido el camino para descubrirlo, hubiésemos bajado hasta las profundidades del infierno... como...

— ¡Orfeo! sopló el de Cevennes.

— ¡Como Aufrais! añadió Jarnac.

— Por desgracia, continuó Chaminade, viniendo en ayuda de su amigo, nuestras indagaciones no nos han hecho encontrar más que á su más antiguo amigo...

— Un aborto que apenas se le parece...

— ¡Tortillard!

— ¡Otra vez ése!

— ¡Ah!.. gimió Pervencha, enseñando la puerta abierta por el Tuerto: han hablado ustedes demasiado... ¡vienen!

— ¡Huyan!.. dijo valerosamente Jarnac, echando mano á su espada. ¡Yo cubro la retirada!

— ¡No, no! aconsejó Pervencha, más razonable; es imposible salir todos ahora. Habría una batalla, y ¿quién sabe lo que podría ocurrir?... Déjennos solas, caballeros, y escóndanse en ese chiribitil.

Á una seña de Enriqueta, Jarnac y Chaminade obedecieron. Y lo hicieron á tiempo.

El enano Tortillard acababa de entregar á Gonzalvo la historia de sus amores con Constancia de Lespare, relación escrita por la inspiración y casi al dictado del duque, cuando un mugido horrible, terrorífico, pareció pasar á través las paredes, yendo á hacerles sobresaltar á los dos. Miráronse, vigilándose con desconfianza, sin saber á qué atribuir aquel quejido cuyas sonoras modulaciones no parecían emanar de una garganta humana, cuando se abrió la puerta del salón dando paso á Pietri Pertuso, descompuesto y más pálido que un muerto.

— ¿Ese ruido? interrogó Gonzalvo, á quien inquietaba la actitud de su confidente.

— ¡Ah! exclamó éste, pasándose la mano por los ojos como para alejar una mala visión: ¡ese alferez Enrique es un adversario temible, *signor!*

— ¿Pues?

— Escuche... Rodaba yo por el piso... Pero ¿puedo hablar ante testigos?

— Habla... Tortillard es aliado nuestro.

— Rodaba yo por el piso, vigilando las idas y venidas del Tuerto, que estaba dominado por una de esas crisis de celos que usted sabe. En vez de ir á acostarse, como hubiera debido hacer, parecía espiar lo que ocurría en el cuarto del alferez. ¿Qué oyó?.. ¿Qué pudo ver?.. No podría yo decirlo. El caso es que, presa de repentino frenesí, rompió la cerradura de la puerta de su huésped y penetró en el cuarto... Yo me acerqué con prudencia...

— Y circunspección, interrumpió el duque, como acostumbrabas.

Pietri, jadeando aún, prosiguió, sin hacer caso de tan irónica interrupción:

— Mi intención era intervenir, si hacía falta. Pero no tuve tiempo. Después de desembarazarse de la Simple, el Tuerto, loco de furor, volvía hacia el alferez, cuando recibió un golpe que le vació su ojo válido, y cayó lanzando el espantoso grito que acaba usted de oír.

— ¡Demonio! exclamó el duque; ¿se ha procurado armas ese insensato joven?

— La enorme espalda del gigante me lo ocultaba por completo y no he podido verle, ni á él ni el arma que ha empleado para matar á su enemigo.

— Para matar, dices.

— Si el mudo no está muerto, es como si lo estuviera...

— Me autoriza usted á decir una palabra? preguntó humildemente Tortillard.



— Hable.

— Que mi hijo Enrique haya matado ó no á ese á quien llaman ustedes el Tuerto, no tiene en sí importancia alguna para usted, monseñor, ya que tiene usted ahora un documento cuya posesión le permite devolverle la libertad... El pobre muchacho se ha apresurado algo quizás, mientras que yo, su padre, iba á llegar al mismo fin sin tanto ruido. Pero no hay que tenerle rencor por ese acto que le libra á usted de un testigo molesto, en el preciso momento en que sus servicios iban á hacerse inútiles. No necesitaba yo esta última hazaña para rendir homenaje á la energía de Enrique, en el que no reconozco más defecto que el no tener confianza en los que le quieren... ¡Ah! ¡si supiera él todo el cariño que hay en mi corazón! ¡si no ignorase toda la fidelidad que hay en este cuerpo deforme y grotesco!... ¡Quisiera hacerle comprender que, para salvarle, me he condenado al mayor ridículo, aceptando el representar una comedia denigrante!.. En medio de todo, poco importa. Si él me debe la vida, estoy dispuesto á darle la mía á cambio de un poco de confianza en mí.

Gonzalvo, frunciendo el entrecejo, había escuchado esa retahíla sin interrumpirla. Á medida que hablaba el enano, el duque, sin comprender lo sobrentendido de sus palabras, volvía á su primera idea de vengar inmediatamente la muerte del carcelero. Lo que emitía aquel hombre respondía exactamente á sus propias intenciones. Le sería, pues, fácil fingir generosidad, sin cambiar nada á su objeto, que era atacar más

fuerte. No es que tuviera un solo momento la idea de soltar á Enrique, sino que pensaba jugar con el pobre Tortillard como juega el ratón con el gato.

— Pietri, preguntó á su confidente, ¿crees que haya podido oírse el grito en la sala de abajo?

— Si se ha oído, *signor*, nadie se ha movido. Un cañonazo no emocionaría á esas gentes. Napol tiene la banca, y la partida está animada.

— ¡Magnífico!.. dijo el duque. Y, dirigiéndose al enano, añadió:

— Pues bien, señor Tortillard, en razón de nuestro convenio, no castigaré la incalificable violencia de que acaba de ser víctima uno de los míos. Y hasta voy á proporcionar á usted el medio de acercarse á ese hijo á quien ama... El rey, puesto al corriente de los amores irregulares de la viuda de Lespare, la mandará llamar, le arrancará la confesión de su falta y le ordenará probablemente que se regularice la situación de ustedes. Hecho esto, para evitar escándalo, debe usted marcharse... No tiene que ser ambicioso; podrá contentarse con una parte de la fortuna de los Calonne, dejando á Su Majestad disponer de la parte que heredó ilegalmente el padre de la condesa, á la muerte del duque, mi padre.

— Con mi figura, sería ridículo que pidiera yo demasiado. Respecto á esto, me adheriré á su elevada equidad... Pero se hace tarde, la condesa podría estar intranquila por mi ausencia, y, antes de volver hacia ella, quisiera hablar un momento á Enrique... No debe usted temer nada, mi declaración escrita de todo

lo habido entre la condesa y Tortillard es una garantía de mi fidelidad.

— Es verdad, aprobó el duque levantándose. Ven, Pietri.

Los tres siguieron la fila de las habitaciones y llegaron á la antecámara que precedía á la prisión del alférez. Como sabemos, Pervencha avisó su llegada y, juzgando demasiado corto el tiempo para una retirada numerosa, aconsejó á los dos maestros de armas que se ocultasen en el chiribitil.

— Le dejo, dijo el duque de Torino en el momento en que el enano se disponía á empujar la puerta sin cerradura. Le tengo á usted por lo que ha firmado acerca de sus relaciones con la condesa... Sobre todo, recomiende al joven que guardé el secreto más absoluto respecto de la muerte del conde, porque si persistiese en hablar demasiado, nos arreglaríamos de modo á mandarlo á reunirse con el Tuerto.

— ¿Has oído, Fileas? preguntó Chaminade, en el gabinete.

— ¡No soy sordo!... Seguramente hablaría menos ese bribón, si tuviera yo su cuello entre mis manos.

— ¡Oh! sí, le harías tragarse la lengua.

— ¡Y esa lengua lo envenenaría!

Tortillard había entrado solo, y volvió á empujar la puerta.

— Jarnac, Chaminade, dijo á media voz, con los ojos vueltos hacia el gabinete, como si esos ojos tuvieran el don de traspasar la pared: venid y vigilad esta puerta.

Pervencha miraba con profunda estupefacción á aquel hombrecillo, y Euriqueta, con la frente surcada por una arruga, no estaba lejos de meditar un nuevo golpe. Los dos maestros obedecieron la orden.

— ¡Qué bien manda! murmuró el tolosano.

Y el de Cevennes, sin malicia, objetó:

— ¡Tan bien como nuestro pobre capitán!

Tortillard había adelantado un paso hacia Euriqueta y le dijo, sin elevar el tono y con gran ternura:

— Hijo mío, temo ser sorprendido; y hasta es probable que nos escuchen... Te ruego, pues, atiendas sin prevención y sin odio, los consejos de un pobre hombre, á quien, como ya sabes, debes la existencia. Á cambio de su imperecedera amistad y de la felicidad que quisiera poder devolverte, sólo te pide un poco de confianza.

La joven había bajado los ojos para ocultar el brillo de sus pupilas. Buscaba una respuesta, y no le venía la inspiración, pues era movida entre la rebelión de su orgullo y la piedad de su corazón. Si ese desgraciado era realmente su padre, ¿cometería ella el crimen de sonrojarse de él?... Hay entonaciones que obligan á la emoción, acentos de sinceridad en los cuales no puede uno equivocarse... Al escuchar al triste individuo que se hallaba ante ella en actitud suplicante, el orgullo de la indomable muchacha se evaporaba en humo. Se sentía inclinada hacia el aborto de cabellos rojos y hacía esfuerzos para no dejar aparecer nada de esa orientación nueva de su espíritu que se le antojaba ser una capitulación indigna.

— Hable, señor, estoy dispuesto á oírle, dijo al fin. Pero, en lo que tenga usted que decirme, procure no pronunciar el nombre de una persona que me es querida y que quiero ver respetada por todos, á pesar de cuanto haya podido producirse.

— ¡Ah! exclamó con voz dolorosa Tortillard: ¿usted también cree á su madre culpable, como esos hombres poco escrupulosos cuya pérfida inteligencia no concibe más que el mal?... ¿De modo que, en su corazón, que ella ha educado para sentimientos elevados, no habla nada en su favor?... Desde que tiene usted uso de razón, ¿ha visto flaquear un solo instante á esa valerosa mujer?... ¡De modo que por un indicio, por un grito, grito de su alma, de su corazón de madre que implora por usted, ha podido usted sospechar de la que más que nunca es esposa modelo y que más que nunca tiene derecho á su filial respeto!..

Ni Jarnac ni Chaminade podían dar sentido á estas palabras. Como no habían presenciado el emocionante encuentro de que había sido teatro el salón del duque de Torino, ignoraban el incidente de los amores de Tortillard revelados, y el discurso del enano era incomprendible para ellos. Pero la sorpresa de Enriqueta era de muy distinta clase. No podía ésta, ni explicarse las palabras de su madre, ni las del enano, cuando su encuentro ante el duque. Sobre todo, no podía comprender con qué objeto ese insondable personaje había firmado un escrito infame con el que contaba aprovecharse el italiano, y preguntó, resolviendo los múltiples problemas que se agitaban en su cerebro:

— En ese caso, ¿por qué ha marchitado usted el honor de la á quien pretende servir, dando á ese traidor armas contra ella?

— Desengáñese; no he escrito más que lo que tengo derecho á escribir.

Prodújose una explosión.

Si Jarnac no hubiera estado lejos, es probable que su Petrusquina hubiese sido desenvainada por la mano de Enriqueta.

— ¡Cállese! ¡cállese! ordenó ésta, exasperada por lo que tomaba ella por cinismo. ¡Siento que me haría usted cometer un crimen!.. Si, como usted dice, fuese yo su hijo...

— Mi hija, rectificó en voz baja el enano.

De un brinco, la joven se echó sobre el tolosano, y la brillante hoja de Petrusquina vió la luz antes de que su dueño pensase en oponerse.

Enriqueta, con la espada levantada, volvía diciendo:

— ¡Usted sabe demasiado!.. ¡Desenvaine!.. ¡Defiéndase!

El enano no hizo el menor movimiento. Estaba tranquilo, y de su torcida boca cayeron estas frías y incisivas palabras de reproche:

— ¿Se volverá usted parricida?... ¡Le juro que es usted hija mía!..

Enriqueta sintió que le abandonaba la razón.

— ¡Dios mío! gimió, dejándose caer en manos de Pervencha, que se había adelantado para socorrerla.

— ¡Rayos y centellas!.. ¡ésta sí que es buena!..

gruñó el tolosano, recogiendo su espada, que había caído al suelo.

— ¡Ya lo creo! añadió Chaminade. ¡Es superior!

Y ambos se disponían á jugar una mala partida á Tortillard, cuyo papel empezaba á parecerles dudoso; pero, de pronto, retrocedieron estupefactos, maravillados, locos de alegría. Sin cuidarse de las desenvainadas espadas de los dos valientes, el enano acababa de volver ostensiblemente la espalda á la puerta, y se inclinaba hacia Enriqueta, murmurando con una voz que no era ya la del patizambo:

— Deja de sufrir, niña... te juro que eres mi hija..., la hija de Constanca de Calonne, mi muy amada esposa...

Al mismo tiempo, se quitaba la peluca roja, dejando ver, sólo durante un segundo, el rostro grave y noble de Luis de Lespare.

Por rápida que fuese esta visión, oyóse un grito triple:

— ¡Mi padre!

— ¡El señor conde!

— ¡Nuestro capitán!

— ¡Silencio! dijo la voz de cascanueces del hombrecillo, vuelto más Tortillard que nunca.

Ya estaba en sus brazos Enriqueta.

— ¡Padre! ¡Padre mío querido!

— ¡Por los cuernos de Satán! ¡El capitán, vivo!..

— He ahí, dijo muy bajito Chaminade á su amigo, lo que nos explica el enigma de los tiempos pasados.

— ¿Cómo?..

— Ya sabes que nunca pudimos ver juntos á tan buenos compañeros como el conde de Lespare y Tortillard.

— ¿Y qué deduces de eso?

— Que, sin embargo, estaban juntos.

— ¡Ah!

— ¡Claro, puesto que son una misma persona!

— Es verdad.

Padre é hija continuaban abrazados, cuando una voz que procedía de la ventana hizo estremecerse á todo el mundo.

— ¡Diablo! decía esta voz: ¡lo que menos me figuraba yo es estar de centinela para permitir tan tierna escena de familia!.. ¡Hola, conde! ¡Celebro hallarle en buena salud y verle desmentir la crónica que le daba por muerto!.. ¡Buenos días, alférez Enrique!.. ¡Hola, hermanita Pervencha!.. Decididamente, este es el cuarto de los aparecidos...

Era el vizconde Santiago de Courten que, cansado de su larga estación al pie de la escalera, se había decidido á subir, y había llegado á su cumbre precisamente en el momento en que Tortillard se quitaba la peluca. Por fortuna para Enriqueta, aunque Santiago pudo ver, no pudo oír, de modo que el alférez de mosqueteros seguía siendo para él Enrique, hermano de su prometida.

— ¡Chitón!.. exclamó autoritariamente el enano. Su intempestiva enhorabuena podría sernos fatal, vizconde. ¡El capitán de Lespare está muerto! Si algo le hace dudar de ello, guarde el secreto.

— ¡Por el fuego del infierno! juró Jarnac: tras esta puerta hay una oreja de bribón.

— Y un ojo de serpiente aplicado á la cerradura, añadió Chaminade.

Tortillard, llevándose á Enriqueta, dió un paso hacia la ventana.

— Vámonos, dijo.

Luego, observando que la joven se debilitaba, preguntó:

— ¿Qué tienes?

— ¡Ay! padre, esos miserables, queriendo forzarme á jurar que no revelaría su infamia, nos hacen ayunar hace dos días, á Pervencha y á mí... Además, débil como estoy, he tenido que defenderme contra los ataques de un monstruo que estaba á su servicio.

— ¡Qué cobardes! ¡Desgraciados de ellos el día en que llegue la hora de rendirme cuentas!... Amigos míos, no dejéis entrar á nadie antes de que hayamos bajado... Pero ¿quién nos va á guiar?

— Yan, mi criado, que está abajo en el jardín, dijo el vizconde saltando al cuarto y yendo á unirse á los dos maestros, abrazando de paso á Pervencha.

Recobrando su vigor de antaño, Tortillard ó el conde de Lespare, cogió á su hija en brazos y, precedido de Pervencha, pasó deliberadamente de la ventana á la escalera.

— No temas nada, hija mía, decía, bajando bastante de prisa á pesar de su carga; tantos balcones he escalado durante mi juventud, que me ha sido preciso aprender como se baja de ellos.

La puerta se abrió, empujada con violencia, ocultando á los tres conjurados que estaban en el cuarto. Gonzalvo y Pietri se lanzaron hacia la cama gritando:

— ¡Nos la han pegado!

Un silbido lanzado en medio del jardín fué la respuesta irónica de los fugitivos. Los dos italianos, furiosos, no tuvieron tiempo de correr á la ventana. Acababan de ser empujados hacia el lecho por seis brazos vigorosos y, un momento después, uno y otro estaban atados espalda contra espalda, con las manos ligadas á los barrotes de la cabecera de la cama, y los pies á los de la parte opuesta. Luego, Jarnac y Chaminade, que habían dado unos pasos atrás, se descubrieron, haciendo una reverencia hasta el suelo, y preguntando con respetuosa impertinencia:

— ¿Están ustedes satisfechos, señores?

Después volvieron á cubrirse.

— El veros vuestras feas caras me seca la garganta, y voy á gargarizar con una buena botella, para olvidaros... ¡Vaya, Boca Chiquita, vámonos!

— Pero, mi noble amigo, ten un poco de paciencia, aun á riesgo de hacer esperar los encantos de la bella de las bellas, cuyos favores me aguardan... Temo ver á los señores ingleses enlutarse por sus buenos amigos, porque estos caballeros van á tener una congestión.

El vizconde, junto á la ventana, contemplaba á los dos profesores y estaba admirado al verlos divertirse como niños grandes.

— ¿Una congestión?.. repitió el meridional. ¡Ah! ¡Eso no conviene!.. ¡Llamemos! ¡llamemos!.. ¡No

conviene que el héroe de Fontenoy se trague la lengua!  
¡Todavía se le necesita en Francia!

— Y también á su digno vademécum.

Ante esta última pulla, no pudo menos de reirse Santiago.

Pero su risa fué ahogada por las voces de los dos tiradores, que decían á grito pelado:

— ¡Eh, eh!.. ¡lacayos del señor duque, criados, ayudas de cámara, pajes!

— ¡Traed los zapatillos del señor duque!

— ¡Y el rascador del señor intendente!

Luego, dándose la mano y saludando de nuevo hasta el suelo, dijeron:

— Adiós, amigos; ahora vendrán.

Franquearon el alféizar de la ventana y volvieron á bajar los escalones, precediendo al vizconde que, en su calidad de aristócrata y de hombre joven, quiso cerrar la marcha.

Pietri y su amo se retorcían, tratando de soltarse, aunque sin conseguirlo.

— Mal asunto, dijo el primero. Esos conocen todos nuestros secretos. Para colmo de desdichas, se han llevado á la Simple.

— ¡Tienen que morir! gruñó Gonzalvo. Ese Tortillard nos ha engañado, ha favorecido la fuga del alférez, en connivencia con esos esgrimidores. ¡Ah!.. ¡Pietri, si alguna vez caen en nuestro poder esas gentes, las represalias serán terribles!

Acudió la servidumbre. El duque y su confidente fueron sacados de la incómoda situación en que se

habían hecho colocar á pesar suyo. Gonzalvo se dirigió á la ventana. Creyó ver en el jardín dos sombras que pasaban por el radio luminoso de la sala de juego. Cogió de su cinturón una pistola é hizo fuego.

— ¡Miserable! rugió el órgano sonoro de Jarnac.  
¡Atchs! ¡me he resfriado!

Y la voz más aflautada del de Cevennes, repuso:

— ¡Á tu salud, Fileas!

En el hotel de Lespare, en ese cuarto que precedía á las habitaciones de la condesa, y en el cual asistimos primero á la recepción de Pietri y luego á la de su amo por la señorita de confianza, al día siguiente de aquella noche preñada de accidentes, estaba Simona bordando en su puesto, y el intendente Méjico, según su costumbre, se hallaba en pie, al lado de ella.

— ¿Sabe usted lo que acaba de decirme el señor Jarnac, señorita?.. Me ha confiado con carácter de secreto...

— ¡No ha podido dirigirse peor!.. pensó á media voz la bordadora.

— Que el señor conde y Tortillard no son más que una sola y misma persona.

— Pues bien, Méjico, puede usted vanagloriarse de no haber guardado mucho tiempo el depósito.

— ¿Qué depósito?.. preguntó, sin comprender, el pobre muchacho.

— El que le ha confiado su amigo... Conmigo, no puede eso acarrear consecuencias, pues yo estaba ya al corriente; pero, con otros, podrá usted guardar mejor su lengua. De lo contrario, puede usted cuidar de su pelleja.

— ¡Oh! ¡yo quiero mucho á mi pelleja! exclamó, sobresaltado, el intendente.

— En ese caso, sea circunspecto, Méjico. Del secreto que tan mal le han confiado, depende la vida del conde.

— ¿Cree usted?

— Creo que si se sospechase que usted propaga tan neciamente la noticia, lo atravesarían de parte á parte, como á un pollo en el asador.

Méjico hizo una mueca. No parecía agradaarle esa clase de distracción. Sin embargo, no queriendo detener su imaginación ante visión tan desagradable, repuso:

— Pierda cuidado, señorita Simona... No soy muy listo... según usted dice... pero soy agradecido. No puedo olvidar que debo á los señores de Lespare el ser alguien, el comer cuando quiero y el no trabajar sino cuando Lancelot se ausenta...

— ¡Ah!.. me olvidaba, añadió, pues su deseo de charlar era más fuerte que él; parece que la señorita Enriqueta regresa también de su viaje... ¡Cuántas noticias!..

La linda muchacha se había levantado y dejaba el bordado sobre la mesa.

— Méjico, dijo, colocando sus manos blancas en los hombros del intendente, voy á someterle á una prueba. Si es usted discreto...

— ¡Oh! ¡muy discreto! balbució.

Simona se sonreía, pues sabía á qué atenerse.

— Si sabe usted permanecer unos días con la boca cerrada, le permitiré que me dé un beso... para recompensarle...

— ¡Seré mudo! ¡seré mudo!.. Viendo en perspectiva semejante favor, juro no volver á entreabrir los labios sino para...

— ¿Comer?

— ¡Claro! ¡Y para dar los besos prometidos!

— ¡Eh, eh!.. No vaya tan de prisa... He dicho un beso, no varios.

— ¡Bah! dijo Méjico, con más malicia de la que se le concedía; cuando empecemos, me dejará usted hacer buenas provisiones, para asegurarse de mi discreción futura... porque yo puedo sorprender otros secretos...

Mientras hablaba, tomaba ya un anticipo en el redondeado brazo de Simona.

— Simona, ¿no ha vuelto todavía el Sr. Tortillard? Ambos se volvieron extrañados y sonrojados.

Constancia de Lespare acababa de aparecer en la puerta de las habitaciones, y ella era quien había dirigido esa pregunta.

— No, señora condesa, replicó la doncella. El señor conde...

— ¡Ah! ¿ya lo sabes? exclamó Constancia, mien-

tras que Simona se mordía los labios. Debe de ser Jarnac el que ha hablado... ¡Qué charlatán!..

Estaba inquieta. Los dos maestros habían vuelto solos, hacia el final de la noche, con la frente llena de orgullo. Cambiaron algunas breves palabras con la condesa. Luego, se marcharon con Justina Chaminade, que llevaba un paquete... Pero ya había amanecido, luego avanzó la mañana, y nadie venía... ¿Habría ocurrido una nueva desgracia?

— Simona, dijo la condesa, en la ausencia de Justina, ve á ver si está todo preparado en el cuarto de mi hija.

Méjico se frotó vigorosamente las manos y atrevióse á decir:

— ¿Va á volver la señorita? Es raro, no me he engañado; yo la esperaba.

— En ese caso, vas á estar satisfecho, dijo la condesa. Enriqueta y su padre van á venir juntos.

— ¿Sin embargo, la señorita no estaba en la guerra, eh?

Para no poner á sus sirvientes al corriente de la singular metamorfosis de la joven, la condesa dijo esta mentirilla:

— ¡Claro que no!.. Vuelve de Tanlay, después de haber estado viajando.

— Eso no es natural, pensó el curioso intendente; interrogaré á Justina.

Y, en voz alta, exclamó:

— ¡No daría yo por la mejor recompensa la buena noticia de este doble regreso!



Aprovechando el que Constanca se había acercado á una de las elevadas ventanas de donde se podía ver la calle por encima de la tapia del cercado, Simona volvió hacia Méjico y le preguntó con voz reprimida, dirigiéndole una mirada asesina :

— ¿Ni aun por la que yo le he prometido ?

— Consulte usted á su corazón, á su razón, replicó él con cómica énfasis, y dígame lo que haría usted en mi lugar, señorita Simona.

Ésta hizo una mueca y contestó :

— En su lugar, yo me alegraría mucho de lo que ocurre, y me entusiasmaría si una linda señorita me concediese el favor de un beso.

— ¡Pues bien ! ¡De usted depende el completar mi felicidad !

— ¡No, no ! Más bien, venga á ayudarme.

Y la astuta joven se marchó, dirigiéndole una sonrisa tan llena de promesas, que el español no pudo menos de seguirla.

Constancia había apoyado su ardiente frente contra los cristales, y pensaba. Para ella, la noche había pasado lentamente y en verdadera angustia. Desde su regreso de la casa de Trompette, en donde no había podido abrazar á su hija prisionera, no pudo pegar los ojos. Su imaginación descompuesta repetía hasta la saciedad la terrible escena en que su noble hija, maltratada por los criados de aquel italiano que se apropiaba el título de duque, hubiera podido ser apuñalada, á no ser por la intervención providencial del conde, oculto bajo la grotesca apariencia de Tortillard. Y el

conde había vuelto á casa de ese maldito, para representar una nueva comedia y salvar á su hija.

¡Ah ! ¡cuán larga fué aquella noche para la tierna esposa, para la pobre madre !.. En la impaciencia de la espera, cada hora tiene la duración de un año ; pero, cuando esa espera se complica con crueles angustias, cada minuto parece un siglo. ¿Qué podría ocurrir allí, en aquella mansión infernal en que el amo obraba con inaudita audacia, protegido como se veía por el favor real ?.. ¡Favor real obtenido por medio de una mentira ignominiosa ! Durante su ausencia, habían ido, de parte de un enano, en busca de Jarnac y Chaminade. ¿Pero cómo habrían podido introducirse los dos maestros en las habitaciones de ese Gonzalvo, que había osado ofender su pura ternura con una incalificable declaración de amor ?.. Y si ni el tolosano ni el de Cevennes habían conseguido penetrar en el lugar, Luis y Enriqueta, sin más arma que una pequeña espada de salón, estaban solos para luchar contra aquellos miserables. Al amanecer, no pudiendo estar quieta, aguijada por la incertidumbre, prefiriendo ir á compartir el peligro que su imaginación le mostraba, á quedarse allí inactiva y palpitante, se disponía Constanca á salir, cuando llegaron por fin Jarnac y Chaminade.

— ¿Y el conde ? ¿Y Enriqueta ? les preguntó.

— ¡Caramba !.. La señora condesa no se preocupa de nosotros, respondió el tolosano, y estamos casi heridos.

— ¡Heridos !

— ¡Casi! Una bala de una pistola de Italia ha rozado mi sombrero.

— Y ha rebotado hasta mi capa, observó Chaminade.

— ¡Pobres amigos! ¿Luego ha habido lucha?

— ¡Claro que sí!

— Es decir...

— ¿No les ha salido bien la cosa?

— Señora condesa, declaró modestamente Jarnac, poniéndose en jarras; cuando mi compañerito y yo nos encargamos de un asunto... está... está... ¿cómo diré, Jerónimo?

— ¡Resuelto! mi noble amigo.

— ¡Resuelto! eso es.

— ¡Ah! exclamó, aliviada, Constancia.

— Y venimos á buscar ropas femeninas para la señorita Enriqueta, que no puede presentarse con su actual disfraz á los ojos de los criados, no prevenidos de sus mutaciones, dijo Jarnac de un tirón.

Luego, ambos maestros se volvieron á marchar, llevando un paquete cargado de todo lo necesario para la compostura femenina. Y de nuevo cayeron las horas en lo infinito, sin que volvieran los á quienes esperaba Constancia. Ahora, habiéndosele refrescado la frente en el cristal, empezaba á desesperar, forjándose otras quimeras, sin saber á qué causa atribuir tan incomprendible retraso, cuando un aldabonazo dado en el pórtico la hizo estremecerse. Abrió desmesuradamente los ojos y vió á Verda abrir la puerta é inclinarse servilmente ante el patizambo, que entraba dando el brazo á una espléndida joven. Detrás, como guardias de

corps, venían los dos viejos esgrimidores, y entre ellos caminaba otra mujer humildemente vestida. Constancia vióse obligada á apoyarse en una silla. El corazón le latía con extraordinaria violencia. Había reconocido á su hija. Y, en el exceso de su alegría, decía:

— ¡Hija mía!.. ¡Enriqueta mía!.. ¡Por fin es ella! ¡Cuánto ha debido de padecer sospechando de su madre!... No tengo derecho á ofenderme por ese pensamiento, pues todas las apariencias estaban contra mí: ¡todo me acusaba!

Y cruzándose con sus reflexiones un recuerdo doloroso, colocóse en la frente un velo de encaje que tenía en la mano. ¿No había ella misma, en un segundo de aniquilamiento, dudado de su esposo? ¿no había creído que le fuese posible traicionar su país y mentir á la fe jurada? ¡Ah! ¡Qué bien había conseguido introducir en su alma la duda, aquel demonio de Italia, con su infernal astucia!

— Aquí están, murmuró, abandonando la silla, para dar un paso hacia la puerta: les oigo subir. ¡Oh! Enriqueta mía, nuestra vida entera, nuestro amor, nuestro cariño sin límites, son lo único que podrá hacer olvidar nuestras injustas y crueles sospechas al más generoso de los hombres... Vienen... siento que me debilito... ¿Se podrá una morir de alegría?..

Después de haber descendido, por la escalera, de la ventana de aquel cuarto que había servido de cárcel al que los italianos seguían creyendo ser el alférez Enrique, Tortillard, sosteniendo á Enriqueta y siguiendo á Yan Brau, que le guiaba hacia la casa de

su amo, se había apartado rápidamente de las estriás luminosas que proyectaba la ventana de la sala de juego. Al llegar á la parte obscura del jardín, había refrenado un poco el paso, para que pudiera alcanzarlos Pervencha. El conde había comprendido que la vida de su hija se debía tanto á su propia energía, como á la constante y tímida bondad de aquella desgraciada mujer, á quien se juraba probar su agradecimiento. Precedidos siempre por el criado bretón, cuando llegaron á casa de Santiago de Courten, Yan dijo, encendiendo la luz:

— El señor vizconde pone cuanto le pertenece á la disposición de los señores y de la señora — la señora era Pervencha. — Yo estoy por completo al servicio de ustedes.

Enriqueta se había dejado caer en un asiento, y Pervencha se colocó á sus pies, en un taburete. La contemplaba con sus hermosos ojos de perro fiel. Tortillard preguntó al bretón:

— ¿No piensa volver aquí tu amo?

— Como este piso no tiene más que una cama, porque mi colchón no cuenta, el señor vizconde ha decidido ir á terminar la noche en una hostería, para dejarles á ustedes su casa.

— ¡Una cama!.. murmuró Enriqueta, que parecía extenuada.

— En ese rincón, repitió Yan Brau, abriendo un armario, hallarán ustedes algo para confortarse en caso de que tengan apetito: vino, pan, gelatina de perdiz y dulces secos.

— ¡Yo tengo hambre! dijo Enriqueta.

Pervencha se había dirigido ya al armario y colocaba las viandas sobre un velador.

— ¡Decididamente, declaró Tortillard, ese Santiago es un buen corazón y un verdadero caballero!.. Ve, y di á tu amo que sería una ofensa rechazar lo que tan sencillamente nos ofrece... ¡Aceptamos!... Dile que tendremos mucho gusto en recibirle en el hotel así que quiera presentarse en él... ¡Ah! no te olvides de enviarnos á los dos valientes que tan poderosamente han contribuído al éxito de la expedición...

Cuando Jarnac y Chaminade penetraron en la habitación del vizconde, Enriqueta, que había terminado su comida, estaba acostada y dormía — rara extravagancia de su vida aventurera — en la cama de su prometido, que creía ofrecer hospitalidad al hermano de su novia. Debilitada por el ayuno impuesto y violentamente sacudida por la lucha que había sostenido con el Tuerto, la joven no necesitaba sino un poco de descanso para recobrar su habitual energía. Por lo tanto, se había decidido que, no pudiéndola ver en ese estado la condesa, se aprovecharía su sueño para enviar á los dos maestros de armas al hotel de Lespare, con la misión de tranquilizar á Constancia y de pedir trajes femeninos. En efecto, por libres que fueran las costumbres de aquella época, la joven no podía regresar de un viaje supuesto con traje de hombre. Eso hubiera provocado comentarios en la servidumbre y tal vez comprometiera el secreto de su doble personalidad, que más que nunca convenía guardar. Por tal

razón hemos visto aparecer por la mañana á los dos maestros en el hotel de Lespare; y á ello se debe también el que tuviera que esperar tanto tiempo Constancia.

Cuando Enriqueta entró en el cuarto en que estaba su madre, no tenía en el rostro huella alguna de las peripecias de la noche, ni en su presencia había ningún parecido con el alférez de mosqueteros. Con la falda corta, y su aspecto vivo y desenvuelto, era la pequeña esfinge que conocimos antes en Tanlay. El conde Luis llevaba á su hija de la mano. Aunque todavía no se había despojado de todos los accesorios cuyo conjunto bien arreglado constituía una creación de Tortillard, Luis de Lespare habíase quitado la peluca roja, y había devuelto á su torso y á sus piernas su primitiva forma.

— Enriqueta, dijo gravemente en voz baja, recuerda tu error, hija mía... Antes de abrazar á tu pobre madre, haz lo que te dicten tu corazón, tu conciencia y tu amor filial.

La pobre niña estaba ya de rodillas ante Constancia y balbucía:

— Madre mía, el hijo culpable de la más espantosa sospecha implora tu perdón... Al declarar que he podido creer... que quise morir... me horrorizo de mí misma... Perdóname, madre querida.

La condesa lloraba. Abrió los brazos y estrechó fuerosamente á su hija contra su corazón.

— ¡Hija querida, mi alegría, mi vida!.. deliraba, cubriéndola de besos. ¿Qué tengo que perdonarte, si

tú has padecido más en una hora que otros en toda su existencia?

Hubo un momento de silencio reservado á las efusiones de aquellas dos mujeres que no se habían separado nunca, y cuya primera separación había sido tan abundante en circunstancias imprevistas. El conde las miraba enternecido. Entonces, arrancándose del abrazo de Enriqueta y volviéndose hacia su marido, la condesa unió las manos, diciendo:

— Luis, acabas de ver á tu hija implorando el perdón de su madre; á mí me toca ahora implorar el tuyo, pues, como ella, he carecido de confianza, he dudado.

— ¡Queridos seres amados! exclamó Luis de Lespare, reuniendo la cabeza de las dos mujeres bajo un mismo beso ardiente, nada tenemos que reprocharnos unos á otros. Nos unía la felicidad, y una desgracia inmerecida debe unirnos aún más. ¡Qué son las miserias y penas de la vida cuando se les pueden oponer corazones indisolublemente decididos á consolarse y ayudarse: encantadora y sacra alianza de la familia! Tú tenías la edad de Enriqueta, Constancia, cuando declaraste tu amor á un proscrito que era yo, tu amor tan casto y tan puro. El fruto de ese sublime cariño de la joven al hombre avanzado ya en la vida, está ahí, ante mis ojos. Al mirarlo, veo y revivo aquel día de felicidad. Han transcurrido muchos años dulces y felices, tanto que, satisfecho, me mantuve prudentemente al abrigo, lejos de honores y de la corte. Me dormí, ebrio de tranquilidad y de satisfacción; pero,

¡ay! el despertar vino el día en que yo no podía rechazar el mando de los mosqueteros negros que me ofrecía el rey. ¿Te acuerdas de tus presentimientos de entonces, Constanca? Tu corazón parecía leer en lo porvenir, ¡y cuánta razón de temer tenía! Encerrados en el castillo de Tanlay ó en nuestra casa de París, viviendo más bien como burgueses que como aristócratas, no podíamos temer nada. Mi reingreso en la vida pública me reservaba crueles desengaños, tanto más desagradables, cuanto que eran inesperados... Dios ha querido sancionar el acto de justicia que ejecuté sin premeditación ni odio; hace revivir á mis enemigos en dos jóvenes que pisotean todos los sentimientos de honor, y me temo tener que sostener mucho tiempo, como antes, esa lucha de mentiras y astucias, para la cual no tengo ya el arma más indispensable y la despreocupación de la juventud.

Lespere había pronunciado estas últimas palabras con cierto matiz de desaliento en la voz.

— ¡Luis! ¡Luis mío! exclamó temerosa la condesa, echándole los brazos alrededor del cuello.

Pero esa imprevista lasitud del padre acababa de dar á Enriqueta el latigazo que necesitaba para volver á ser ella misma.

— Querido padre, dijo con decisión, ¡si aceptó usted ese puesto, del cual procede nuestra desgracia, ha sido, en parte, por culpa mía!..

— ¡Vamos!..

— ¡Sí, por culpa mía! porque mamá no le hubiera dejado partir si yo no me hubiese ofrecido á acompa-

ñarle y á representar ese papel masculino cuya mentira no ha penetrado nadie. ¡Pues bien, yo debo reparar esa falta!... Se equivoca usted al decir que no tiene toda la juventud que hace falta para proseguir la implacable lucha...

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que está usted en mejor posición que antes para desempeñar tan ingrata tarea; puesto que, por usted mismo tiene la experiencia, y, por mí, juventud.

Constancia recobraba esa postura admirativa que ya le hemos visto adoptar, en Tanlay, en el cuarto del arzobispo, cuando la primera gran resolución de su hija. Lespere preguntó:

— ¿Luego quieres continuar ayudándome?

— ¡Más que nunca!

— ¿Has pensado bien en los peligros que se corren?

— Son los riesgos de la guerra... Si no fuera por ellos, ¿qué mérito tendría yo?... Por otra parte, si á veces domina en mí mi debilidad de mujer, no es sino después de la victoria.

Luego, ante su madre, que temblaba de horror, contó brevemente el último ataque del Tuerto, y el modo de librarse del monstruo. Así que hubo acabado, Constanca la envolvió en sus brazos, murmurando:

— ¡Es verdadera hija tuya, Luis!.. ¡Cuánto tiene de ti!

Aunque era poco accesible á la emoción, el mismo Lespere estaba admirado.

— ¿Tú has hecho eso? le preguntó.

— Ya se lo he dicho.

— ¿En traje de noche? ¿sin armas?.. ¿contra esa bestia sanguinaria?..

— ¡Uno de los dos tenía que morir... y no me tocaba á mí!

— ¡Ah!.. exclamó exaltada la condesa, ¿te reconoces, Luis?.. ¡Por ella, vencerás y serás vengado!..

## IV

## JARNAC Y CHAMINADE

Acababan de llamar á la puerta.

— Son los maestros Jarnac y Chaminade, que desearían presentar sus respetos á los señores condes, dijo Lancelot.

— ¡Que pasen! nuestros amigos tienen derecho á no hacer antesala.

Los dos maestros se presentaron contoneándose.

— ¡Vamos! ¡Cuernos de Satán!.. exclamó el tolosano después de saludar; aquí es todo alegría; pero no se ve así en los rostros, que parece que están de entierro.

— ¡Fileas! intervino el prudente Chaminade.

— ¿Qué es eso?

— El señor conde y la señora condesa se regocijarán tal vez por dentro.

— ¡Carape! ¿habrán celebrado ya, copa en mano, el regreso del... de la... en fin, de la señorita Enriqueta?